

García Moreno

Ligeros rasgos de su vida

Biografía publicada en la
Bonne Presse de París y
traducida especialmente
para El Derecho



QUITO-ECUADOR

Imprenta de «El Derecho»

1921

García Moreno

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA
DEL ECUADOR

1821-1875

I

NIÑEZ Y JUVENTUD

(Disciplina, piedad, trabajo)

Hombre realmente superior, de carácter incontrastable y conciencia inflexible; político de la talla de Richelieu; cristiano del temple de los mártires: la fue García Moreno, Presidente de tal República del Ecuador de 1860 a 1875.

Nacido el 24 de Diciembre de 1821 en Guayaquil, García Moreno estaba

lejos de dejar traslucir en sus primeros años la indomable intrepidez que debía demostrar más tarde. Cuerpo pequeño y encieble, espíritu pusilánimo, necesitó nada menos que la obstinación irreducible de su padre y de su madre para dejar de dar muestras de temor por cualquier ruido insólito, o de ocultarse al oír el estampido del trueno en las tempestades. Para hacerle dominar ese miedo nervioso, el señor García empujaba a su pequeño al balcón, y echando tras él llave a la puerta, le obligaba a ver y oír el relampagueo y tronidos de la tormenta. Una noche murió un hombre en un cuartucho aislado: por orden de su padre, el chicuelo, muerto de miedo, tuvo que ir a encender las velas al lado del cadáver; la obediencia pudo más que el susto, y el niño cumplió sin vacilaciones la orden de su padre. Desde entonces todo lo subordinaba al deber, aún la tiranía de los nervios; y esa fue la regla de toda su vida; desde niño aprendió a vencerse pisoteando los fantasmas de la niñez,

Un religioso de Nuestra Señora de la Merced le dió las primeras lecciones y adivinó que su alumno, por sus aptitudes, llegaría a ser hombre útil, quizás un grande hombre; le proporcionó, pues, los medios de continuar y concluir sus estudios en la Universidad de Quito. Allí las clases, los salones de estudio, cárcel tan odiosa para los perezosos, se le antojaron a García Moreno un rincón del paraíso terrenal, donde los libros le presentaban la profusión de árboles de toda especie, cargados de frutos deliciosos. Desde luego se manifestó el primero de sus discípulos, y ganó la confianza de sus maestros; la penetración de su espíritu, la presteza y la tenacidad extraordinaria de su memoria, ayudaron admirablemente su pasión, quizá excesiva, por la ciencia. Literatura, Historia, Filosofía, Elocuencia, Poesía, Matemáticas y Ciencias Naturales, todo lo acomete simultáneamente su cabeza privilegiada, desentrañando con la más perfecta lucidez los más complejos problemas, asimilando para siempre

los estudios mas heterogéneos y que le pusieron en condiciones de poder aparecer en su debido tiempo, como orador, historiador, matemático, químico, polemista, polígloto y sobre todo estadista incomparable.

De noche cuando todos dormían, García Moreno, estudiante de diez y ocho años, velaba a la claridad de una pobre lámpara, inclinado sobre un volumen de Filosofía o de álgebra. Vencido por el cansancio, quitaba de su cama el colchón y las frazadas y se acostaba vestido sobre el maderamen, para no exponerse a prolongar su sueño más allá de los límites que se había prefijado. A las tres de la mañana estaba en pie y en su trabajo. Si sus párpados se cerraban, a pesar suyo, se lavaba la cara o sumergía los pies en agua fría para mantener despiertos sus sentidos entumecidos. Tales excesos se pagan siempre, y García Moreno contrajo con ese deplorable sistema mal de ojos, neuritis y otros achaques de los que no logró librarse sino a costa de dolorosísimos tratamientos.

tos, o también de un reposo forzado, aún más doloroso para él.

En esa alma entusiasta la piedad era tan ardiente como la pasión por la ciencia; sólo el amor de Dios se sobreponía al amor al estudio, y ese noble ideal, esa doble fuerza salvaron en él la integridad de su juventud y de su vida moral.

Por lo demás, ese prematuro sabio, de veinte años no se dedicaba tan exclusivamente a sus libros y sus laboratorios que pudiera prescindir de los ejercicios corporales. En las repúblicas suramericanas un hombre que quiere vivir la vida de su país o poderse defender en las ocasiones debe saber hacerse respetar por sí mismo y ser el propio defensor de sus derechos. El florete, la lanza, el rifle, la equitación, el arte militar fueron por él estudiados a fondo y dominados con maestría; y no debía faltarle con el tiempo oportunidades de probar que había logrado ser, no sólo el mejor hombre de Estado del Ecuador, sino también su primer capitán y su primer jinete.

Mirad pasar a ese joven de estatura elevada, de frente ancha, de ojos negros, de mirada límpida y franca; sólo con mirarlo se le tiene simpatía; escuchadle: su voz musical os encanta, su firmeza os impone, su ciencia os conquista, su lenguaje os cautiva: no hay salón en Quito que no le dispute las horas, que a veces se digna perder; pero con frecuencia la cabeza se sobrepone al corazón y mientras sigue la plática, hojea un libro que ha hallado a mano y se lo asimila. Pero le arrancan el libro, le rodean, le suplican, le urgen, pretenden que se divierta y el baile le asecha. Con muy buen talante se deja convencer, se entrega de lleno a la diversión, como hace un rato a la lectura, y, hélo ahí en pleno torbellino. A nuestro sabio de veinte años se le antojan tales diversiones tan interesantes como la esgrima o el álgebra, y se deja arrastrar de su encanto. Después de unas cuantas noches pasadas así, reflexiona, se alarma y se sofrena con su habitual rudoza consigo mismo: "la vida es demasiado breve,

dice, para pasar un solo día de ella en fruslerías". Se encierra, se rapa la cabeza más que un fraile, y en la imposibilidad de salir en esta catadura: "oh libros míos, exclama, yo os seré fiel, pese a quien pese, durante seis semanas al menos".

De hoy en adelante, y cada vez más, será el hombre de voluntad de hierro, despiadado consigo, y que no se permitirá ninguna debilidad aun en frente de un peligro inminente. He aquí un ejemplo:

Un día al pasearse por el campo, con un libro en la mano, se encuentra de repente delante de una enorme roca próxima a caer, se instala en seguida debajo, a la sombra, y continúa su lectura, cuando descubre que esa roca está tan desprendida que la menor conmoción la hará rodar. De un salto se pone fuera del peligro; pero, en seguida la voluntad reacciona contra el instinto: abochornado por haberse dejado sorprender del miedo, vuelve a sentarse bajo el tambaleante peñón y queda

ahí una hora completa. Por varios días vuelve una y otra vez hasta que la victoria contra el instinto sea indiscutible.

En una exploración que hizo con el doctor Wyse al Pichincha, el famoso volcán que frecuentemente ha causado tantos estragos a la ciudad de Quito, mostró la misma intrepidez en arrostrar todos los peligros, salió airoso de trances formidables, quedó varios días y varias noches en el fondo del cráter, sondeando, escudriñando, estudiando las rocas y los fenómenos, en medio de las humaredas que se escapan sin cesar de setenta respiraderos, entre el estrépito de las explosiones de una tormenta grandiosa que desprendía verdaderos aludes de piedra y los lanzaba encima de las cabezas de los audaces exploradores. En todo y siempre era necesario que la voluntad triunfara de los obstáculos.

En 1846, García Moreno se desposó con la señorita Ascásubi, hermana de dos de sus amigos, cuyas ideas y aspiraciones concordaban perfectamente con

las suyas. La manera como contrajo ese matrimonio no carece de cierto sabor original. Viajando en compañía de un amigo íntimo de Guayaquil, tuvo que pasar la noche en un tambo. Llegada la hora de acostarse, el amigo duerme luego profundamente, pero García Moreno no tiene sueño, está pensativo, soñador, no pega los ojos. De repente se levanta, sacude vigorosamente a su compañero de viaje y le pregunta: "Te has creído sin duda que estás viajando con un soltero?"—"Ya lo creo, contestó aquel, y con un extravagante también; ¿qué modo es este de despertar a las gentes? ¿estás con pesadilla?—Nada de eso, querido, pero hace dos horas que soy esposo de Rosa Ascásubi. He dejado ahí un poder al salir, y el contrato debe estar firmado".

Todos los asuntos graves los llevaba a cabo de esa manera, secretamente, sin dejar traslucir nada ni aún a sus íntimos amigos

—Deberías escribir la Historia del

Ecuador—decíale algún tiempo después uno de sus cuñados.

—No—contestó él—más vale hacerla, ha sido demasiado triste hasta aquí.

II

GARCÍA MORENO

Patriota.—Periodista.—Combate contra Flores.—Contra Urbina.—Destierro y permanencia en Francia.

El ardoroso patriota, hombre de acción a quien hemos vislumbrado, no podía demorarse en efecto en el idilio del matrimonio o refugiarse en las solitarias delicias del estudio; ese cuerpo de acero, ese carácter tan elevado, tan varonilmente templado habían sido hechos para obrar, y desde luego, su vida se confunde con la del país, hasta tal punto que, en esa época, la historia de García Moreno viene a ser la Historia del Ecuador,

Desde su separación de España, el Ecuador, igual en eso a las otras Repúblicas suramericanas, estaba completamente trastornado, pasando de una revolución a otra revolución. A esa fecha, el General Flores se había establecido ahí en una dictadura militar apoyada en partidas de soldados merodeadores y verdaderos pretorianos, y saboreaba ya el placer de aplastar desde lugar seguro a todos los partidos, de expoliarlos y vejarnos a su capricho de la manera más provocadora, la tiranía llegó a ser tan insoportable que un acuerdo se realizó entre los patriotas, bajo la dirección de García Moreno.

Se traslució un día que el Presidente Flores mandaba fusiles al Gobernador del Napo, bajo la custodia de una partida de indios. Enterado del hecho García Moreno toma la delantera acompañado de algunos jóvenes y se embosca en la montaña. La caravana llega y hace alto para comer, García Moreno se presenta, se sienta entre los indios y comienza a contar cuentos con gran

regocijo de esos cándidos indígenas hasta que el cansancio, sumándose a la obichia copiosamente distribuída, produce un sueño profundo. Al despertar con gran extrañeza notáronse sin armas ni compañeros: todo estaba en lugar seguro.

Dos meses después, Flores vencido y expulsado dejaba su puesto a una Convención que no supo ni aún hallar un Jefe, ni constituir un gobierno aceptable: incapaces o indignos, durante cuatro años no salieron de esa alternativa infamante. Le pareció a García Moreno que había llegado el momento de atacar la corrupción o la debilidad con el arma poderosa entre todas: la prensa.

El periódico El Zurriago fue en sus manos contra el gobierno lo que es un resistente látigo en manos de un cochero experimentado, cuando los caballos están adormecidos o se dirigen a un despeñadero. Cada mañana con gran alborozo del público de Quito primero, y después de todo el Ecuador, una junda de latigazos caía sobre las espul-

das o cruzaba el desvergonzado semblante de los diputados dispuestos a vender sus votos, o de los ministros prevaricadores y hasta del mismo Presidente que se convertía en la burla del pueblo, y sentía que su influencia se desmoronaba irremisiblemente; entonces fue cuando un acontecimiento amenazador vino a crear una digresión y a dar a García Moreno la ocasión de unir todos los ánimos y todas las fuerzas para una acción patriótica.

Flores desterrado había ideado la reconquista del poder, o más bien dicho, del Ecuador. El prestigio de su pasado, su porte imponente, su palabra seductora, todo un conjunto de dones muy brillantes habían arrastrado a la Reina de España a que le prometiera su apoyo. Diez millones fueron consagrados a equipar una armada y a preparar un cuerpo de desembarco. Esas noticias sensacionales encendieron los ánimos de las Repúblicas Centrales que se creyeron amenazadas. Dejando sus virulentas polémicas contra el gobierno, pasó más

bien a guiarlo y a sostenerlo en su lucha por la independencia, y con este fin, creó García Moreno un nuevo periódico: El Vengador, que llegó a ser el órgano más decidido del partido patriota. No perdía un momento de vista a los partidarios de Flores que con ciertos amañes trabajaban en el interior; los contenía y a veces los aterrizzaba, y por otra parte con mano activa, siempre en movimiento, impelía al poder a un acuerdo y a la acción en asocio de los Estados vecinos: su voz resonadora como un toque de clarín, no permitía a nadie que se durmiera. El tono de sus artículos subía hasta el más alto diapason, ya con la protesta potente, ya con la réplica inamovible o ya con la ironía llena de sal ática tan propia de la lengua y de la sangre españolas.

“Flores llega ya con sus alibusteros, decía uno de sus artículos, dentro de algunos meses se le verá en nuestras playas. ¡Que venga, pues: procuraremos recibirlo bien y prepararle una tumba bastante honda para enterrarle

a él y a sus compañeros. Que venga: iremos a su encuentro para exterminar la raza de los traidores! Que venga: argumentaremos contra los filibusteros con razones tan sutiles como la lanza y tan sólidas como el plomo! Que venga: y de todos los pechos saldrá ese grito vencedor: Muerte a los invasores y viva América'".

Tan enérgica oposición hizo salir a la diplomacia de su indiferencia, pero el comercio inglés fue el que determinó una intervención efectiva: por las reclamaciones de los mercaderes de Londres, amenazados de ver cerráreles los puertos americanos, Lord Palmerson embargó las naves de Flores quien se vió obligado a licenciar a sus mercenarios. Los partidarios del General no se conformaron con tantas esperanzas fallidas, y un pronunciamiento tuvo lugar en Guayaquil, en el que se cometieron atrocidades de ambos lados, sin que el Gobierno atinara el partido que debía tomar; hasta que tuvo la buena inspiración de enviar allá a García Moreno

con la misión de poner todo en paz. En ocho días, por su espíritu de justicia y bajó su mano de hierro, renació el orden.

El orden material por lo menos, pero la debilidad y los compromisos del Gobierno, iban a hacerle enristrar de nuevo su péñola de periodista, más sarcástica y más acerada que nunca. El Diablo fue el título de su nueva hoja:

“Yo no soy, escribía, ni empleado, ni palanqueador de empleos, como otros tantos diantres, mis conocidos; no soy militar como tantos charlatanes que no acaban de ponderar sus pretéritos tajos y mandobles; no soy ministerial, puesto que jamás he querido venderme, ni esbirro porque el crimen me repugna. Amigo leal de un pueblo infortunado que no tiene en esta tierra más defensor que El Diablo, vengo a combatir contra los que le martirizan, y a disipar las nubes de polvo con que se oscurece el aire para ocultar la llegada de los bandidos de Flores”.

Algún tiempo después, un viaje de

seis meses a Europa le proporcionó a su vuelta un encuentro que debía llegar a ser un incidente público, y luego un acontecimiento. En el preciso momento en que, en el muelle, de Panamá, iba a tomar el vapor para Guayaquil, divisó a algunos religiosos de aspecto algo triste, agrupados cerca de un buque que iba a salir para Inglaterra. Se les acerca y llega a saber que el Gobierno radical de Nueva Granada acababa de expulsarles por el *crimen* de haberse desvivido en la educación de los niños y en las misiones de infieles. Iluminado de súbita inspiración, García Moreno les hace a quema-ropa una propuesta inesperada: ¿por qué no podrían seguirle a Quito donde tantas familias serían felices en confiarles a sus hijos? Anteriormente se habían hecho diligencias en orden a lo mismo, pero habían quedado infructuosas por falta de personal suficiente; el Gobierno no puede haberlo olvidado; él toma sobre sí todas las responsabilidades.

Aun en los tiempos de progreso tienen

los religiosos que poner en práctica el oráculo evangélico: "Si os echan de una ciudad, id a otra"; éstos se mostraron dispuestos a acompañar a García Morano con tal que él respondiera de la autorización.

Desde entonces con la decisión que le caracterizaba, se dió tan buena maña y procedió con tanta celeridad que el Presidente Noboa, atendiendo a las buenas razones de García Moreno, permitió todo lo que éste le pidió, sin sospechar que el partido radical, dirigido por Urbina, iba a explotar contra él este acto hospitalario, del que todo el pueblo por otro lado se mostraba satisfecho hasta el entusiasmo. La campaña de los periódicos liberales, las amenazas de Nueva Granada, un pasquín de su representante en Quito, hicieron brotar de la pluma y del corazón de García Moreno una "Defensa de los Jesuítas" que es uno de los más brillantes alegatos que pueden leerse en favor de la ilustre Compañía. Sus adversarios, fustigados con mano maestra, motejados, ridiculi-

zados, acudieron al árbitro de la insurrección.

Con los recursos en hombres y en dinero de las sociedades secretas, con la experiencia de las revoluciones y las ventajas innegables que proporciona para esa clase de faenas la completa ausencia de escrúpulos, Urbina organizó un pronunciamiento, compró soldados, decretó la destitución de Noboa, se hizo proclamar Presidente de la República, expulsó a los Jesuítas, y puso a la orden del día el robo, el saqueo, el asesinato, el sacrilegio. Ante tales atentados, los tímidos y los impotentes se encierran y se hacen los desentendidos: actitud a la que no puede resolverse un hombre como García Moreno.

Una "Oda a Fabio", lanzada al rostro de Urbina, fue como el corrosivo que pone el cuerpo en carne viva y abre una llaga imposible de cicatrizar; luego, el periódico La Nación, después de haber vertido día a día en esa llaga veneno a fuertes dosis, la emprendió cuerpo a cuerpo contra el tirano, y fue una lucha

verdaderamente épica entre dos hombres, el uno que disponía en su favor de las armas que le suministraba un poder usurpado, y el otro de su sola pluma: Urbina, García Moreno.

“Habéis reparado alguna vez en un hombre borracho?, preguntaba La Nación. ¿Habéis observado sus pasos inseguros, su vista turbia, su palabra balbuciente? Da mil rodeos para encontrar su camino, tropieza en cada esquina y atribuye sus vértigos a la altura de los edificios. Tambaleando siempre, se queja de que le dan empellones, que le van a hacer perder el equilibrio; sus órbitas giran inciertas y hurafias, alza la mano para agarrar una sombra tenaz; sin advertir que es la de su propio cuerpo. Acusa al sol y se queja de la noche, en pleno medio día, porque sus ojos oscurecidos no discernen ya los colores. Espantado, afirma que tiembla el suelo, hasta que, jadeante y soñoliento, cae y duerme la mona como un tronco.—Así es nuestro Gobierno, prepara su caída, que será la caída de un beodo”.

El mismo día en que aparecían estas líneas, García Moreno fue arrestado y deportado a Pasto, en territorio granadino. Pero algunos días después fúgase, le eligen senador por Guayaquil y se presenta para cumplir su cometido que le asegura la inviolabilidad. Por orden de Urbina, la soldadesca le echa mano, lo encadena y lo pone sobre un navío para confinarle en un pueblo de pescadores en Paita. Luego, como si fuera poca cosa el violar en él la inmunidad parlamentaria y el desterrarlo, los cómplices de Urbina trataron de deshonorarlo a los ojos de sus compatriotas, calumniándolo. El castigo no se hizo esperar por mucho tiempo. "La verdad a mis calumniadores" les cubrió de vergüenza ante el país, clavándoles en la picota. Después dejando a Dios y al tiempo que trabajaran por su causa y la de la patria desventurada, se encaminó a Europa; a los comienzos de 1855, llegaba a París.

Los tres años que allí pasó pueden resumirse en una palabra: trabajo. "Estudio: dieciséis horas por día, escri-

be a uno de sus compañeros de destierro, y si el día tuviere cuarenta y ocho horas, pasaría las cuarenta con mis libros, sin moverme". La Química se llevaba sus preferencias y estudiaba bajo la dirección del ilustre Bossingault que le admitió en el número de sus discípulos íntimos. Para descanso se ponía al tanto del movimiento político, literario, industrial y comercial de Francia; escudriñaba a fondo la organización de la instrucción primaria, sus métodos y sistemas y sus lados flacos o preferibles; de manera que, "esa vasta fábrica de antecristos y de ídolos" llegó a ser para él una escuela de ciencia superior; y además, lo que es sobremanera importante y precioso, un foco de verdadera vida cristiana. "Soy católico, exclamaba anteriormente en su "Defensa de los Jesuítas" aun cuando no me pueda contar entre los cristianos fervorosos". Nada más cierto. Sumiso a todas las leyes de la Iglesia, había, sin embargo, perdido esa piedad práctica que es el signo y el latido de la vida del corazón.

Una vez, estando paseándose por la Alameda de Luxemburgo, con algunos compatriotas, de ideas muy diversas de las suyas en materia de religión, la conversación recayó sobre aquella, que fue atacada en su presencia por medio de objeciones cien veces refutadas, con argumentos sin consistencia que se oyen siempre de boca de los ignorantes o de los malévolos. García Moreno, con su lógica inexorable y su ciencia segura, pulverizó las objeciones sin esfuerzo, y, arrastrado por el calor de sus convicciones, pintó un cuadro entusiasta de la grandeza y de la belleza de los mártires cristianos.

—Está muy bien, mi amigo, le replicó uno de sus interlocutores, pero esa religión tan hermosa no la lleva usted a la práctica. ¿Desde cuándo no se ha confesado usted?

Algo desconcertado, pues la observación daba en el blanco, García Moreno inclinó un poco la cabeza, y mirando luego a sus compañeros:

—Me ha refutado usted, contestó el

elocuente polemista, con un argumento que hoy le puede parecer excelente, pero que no lo será mañana, se lo aseguro.

Con esto da por acabado el paseo, se encierra y medita hasta por la noche, en la que se confiesa con el primer sacerdote que se le presenta, para principiar desde el siguiente día una vida de católico práctica, oyendo la misa diaria de San Sulpicio y comulgando frecuentemente. La Historia de la Iglesia por Rohrbacher, que estudió detenidamente, puso el sello a todos sus estudios al hacerle tocar como con el dedo el derecho de los pueblos a ser gobernados cristianamente, y para aquellos a quienes Dios confía el poder la necesidad de hacer efectivo ese derecho, si quieren cumplir su deber.

Así fue como esa permanencia de tres años en París fue fecunda en luces de toda clase, tanto para la inteligencia como para el alma de García Moreno. Al revés de tantos otros, volvió de ahí cristiano práctico y sabio, más avanzado, más firme que nunca, in-

transigente en la cuestión de los derechos de Dios, de la verdad, de la conciencia desde el punto de vista político, social o privado; derechos que se le mostraban plenamente confirmados, por todo lo que veía, lo que sabía, lo que aprendía, lo que sufría.

III

Revocación del destierro. — García Moreno Senador. — Proscrito. — Cautivo. — Soldado. — Vencedor.

Mientras García Moreno llevaba una vida de anacoreta estudioso, en pleno París, y se preparaba para la misión que pluguiera a Dios confiarle, Urbina se señalaba por las obras ordinarias del radicalismo, atezados contra el clero secular y regular, transformaciones de monasterios en cuarteles, incautación de los seminarios, colegios cerrados, escuelas primarias abandonadas, universidad anulada por la autorización dada a los estudiantes de dar sus grados sin seguir

los cursos; robo, pillaje, licencia desenfrenada, asesinato de oficiales, de jueces, de sacerdotes, y para coronarlo todo, proyectos de venta a los Estados Unidos de las islas de Galápagos por la suma de quince millones: hé aquí el compendio de los cuatro años de Presidencia de Urbina, quien tuvo la habilidad de hacer elegir a uno de sus cómplices como sucesor. La presión de la opinión pública obtuvo del nuevo Presidente el llamamiento a García Moreno quien fue elegido Rector de la Universidad, a la que reorganizó a pesar de todas las trabas; y al poco tiempo, entusiasmados por su enseñanza, por su amor a las Ciencias, por la cálida claridad de su palabra, la juventud apretó sus alas en rededor de él, y con la juventud todos los que no se hallaban del todo corrompidos o vendidos.

De 1857 a 1859, su oposición parlamentaria se ejerció principalmente en tres funciones que fueron la ocasión de triunfos para la justicia y la moratidad. Una ley Orgánica de Instrucción Públi-

ca fracasó por causa del Tesoro Público, pero la injusta explotación de los territorios indios del Napo fue abolida gracias a su intervención; y por su iniciativa también, por sus discursos de una elocuencia y de una pasión tan comunicativas, las logias masónicas fueron prohibidas como contrarias a la Religión Católica. "Esta es mi divisa, decía el orador: Libertad para todo, excepto para el mal. ¿Satanás se indigna? No tiene de que, esa divisa es también la suya, sino que hay esta diferencia: Satanás llama malo a lo bueno, y también esta otra, que mentir es una de sus armas familiares, arma desconocida en el campo del Dios de la verdad".

Eloquecidos por las duras estocadas plantadas en pleno pecho, los liberales recurrieron a la fuerza, el argumento liberal por excelencia. El Congreso fue disuelto, los opositores fueron apresados y enviados al destierro. García Moreno no se libró sino escapándose al Perú. Pero era demasiado. Una partida de jóvenes armados de palos y de fusiles

viejos, tomaron por sorpresa el cuartel que se rindió; al momento se propagó como reguero de pólvora a las demás provincias, un Gobierno provisional fue constituido y a su cabeza fue puesto el desterrado García Moreno.

Tan pronto como se enteró de estos acontecimientos en su lejano retiro del Perú, el valiente patriota se pone en camino a marchas forzadas, por medio de selvas y desiertos, por los atajos y senderos extraviados de la montaña, para no caer en alguna emboscada; su guía picado por una víbora, expiró a su vista: perdido entre las cordilleras, queda dos días sin comer, muere su cabalgadura, anda a pie un día más y acierta a llegar a una cabaña de pastor; entra, está abandonada, recoge sin embargo un poco de harina olvidada en un rincón, la cuece y vuelve a emprender la marcha; Quito le recibe como a libertador. Pero ya no se trata de escribir y hablar, hay que combatir con las armas a Urbina y a Robles que tienen un ejército en Guayaquil.

Con una tropa bisoña, inferior en número y armamento ataca a Urbina y se hace derrotar de contado. Así que el General Franco pudo perfectamente organizar una comedia electoral que le adjudica a él mismo el poder supremo: pero García Moreno no podía reconocer más al farsante Franco que al tirano Urbina: uno y otro se burlan de la nación.

Sin desesperar por nada, crea un ejército regular al que organiza y ejercita, convierte una fábrica de tejidos en fábrica de armas, lo vigila todo, está en todas partes, consagra al trabajo sus días y sus noches. “¡Qué lástima!, decía contrariado, puedo dominar hasta el hambre; pero lo que es el sueño, después de 48 horas ya me rinde”.

A despecho de su vigilancia el enemigo había logrado sembrar la división en sus tropas más o menos improvisadas, y una noche, mientras García Moreno reposaba en el campamento, los soldados se amotinan, los jefes se sublevan contra el gobierno y el comandante hace arrestar

y encarcelar al grande hombre. Le exigen su dimisión, "jamás, contestó, mi vida está en manos de ustedes, pero ninguno logrará imponerse a mi voluntad". Se decide el fusilamiento, pero se lo difiere hasta el día siguiente. Mientras tanto, oficiales y soldados, se diseminan acá y allá, saqueando y bebiendo, después de haber dejado al rededor del prisionero algunos centinelas, que pronto también se escurren para tomar parte en la orgía general, uno queda sin embargo como guardia; se acerca a él García Moreno, y con ese tono de amo y de juez con el que tanto intimidaba: "¿Oyes, muchacho, ¿a quién has hecho juramento de fidelidad?—Al Jefe del Estado.—El Jefe Estado, soy yo; tus oficiales son unos perjuros y unos rebeldes! No te avergüenzas de cooperar a la traición, contra Dios y contra tu Patria?"

Avergonzado, el soldado se arrodilla y le pide merced, "Te perdonaré si quieres cumplir con tu deber y obedecerme".

Algunos instantes después estaba libre, corre a juntarse a cuatro leguas de allí con catorce jóvenes fieles, vuelve con ellos a Riobamba, prende a los principales culpables, constituye en la plaza pública un Consejo de Guerra formado de sus catorce compañeros a caballo y perfectamente armados, y ejecuta en el acto a los culpables, después de concederles una hora para pensar en su alma.

Aquel golpe de audacia y la disciplina de hierro que estableció lo hicieron pronto dueño de la soldadesca urbinista. Un obstáculo, nada más quedaba para la total pacificación: el seudo gobierno de Franco en Guayaquil. En este punto ni su hábil diplomacia, ni sus generosas proposiciones tuvieron éxito alguno. Franco se envileció, quebrantando el derecho de gentes y hubo que apelar a las armas. Una serie de victorias con el concurso de Flores, coronadas por la toma de Guayaquil, desbarató a Franco y a su presunto Gobierno. Una nueva era iba

a abrirse para el Ecuador en 1860; no sería era de paz en sus comienzos después de tantas conmociones, pero sí sería de las más fecundas.

IV

García Moreno Presidente de la República. — Reorganiza la administración. — Disciplina al Ejército. — Cristianiza la enseñanza. — Negocia un concordato. — Reprime la insurrección.

El valeroso y hábil Jefe de la oposición, el terrible adversario de todos los liberales que se habían sucedido en el mando, García Moreno, iba desde este momento a ejercer el poder. ¿Qué iba a acontecer a ese hombre cuyas ideas, convicciones y política chocaban de frente contra la política, las ideas y preocupaciones de los incrédulos, o de los liberales? ¿Su rectitud, su justicia, su severidad contra todo mal podrían imponerse sobre un tempera-

mento público maleado por las revoluciones?

Estas cuestiones pudieron proponerse en 1860 a 1861; pero con el hombre de quien hablamos, la respuesta no se había de hacer esperar.

Desde luego alcanzó del gobierno provisional la reforma electoral que le parecía esencial para la sinceridad de la representación nacional. En lugar del sufragio plural que concentraba los votos en manos de un grupo accesible a todas las venalidades, la elección pasó a ser directa y fueron electores todos los hombres de 21 años que sabían leer y escribir. No hubo más de una sola voz de un extremo a otro del Ecuador para aclamar al héroe victorioso de Urbina y Franco: García Moreno fue ascendido a la Presidencia con poderes más extensos para reorganizar la milicia nacional, la hacienda, la instrucción pública y negociar un concordato con la Santa Sede, condición *sine qua non* de su aceptación; porque deseaba ansiosamente dotar al

Ecuador de una constitución católica-convencido de que no había otro medio para poder "moralizar al país mediante la enérgica represión del crimen y la educación sólida de las generaciones jóvenes, que el de proteger la sagrada religión, de sus mayores, si no se quiere ver a los gobiernos impotentes ante los avances del mal. Una vez aprobado ese programa, García Moreno tenía bastante sentido práctico para querer exigir su aplicación de otro modo que por el concurso de todas las buenas voluntades y progresivamente.

Principió por aplicar el hacha en la selva tupida de las prevendas, en los ministerios, en las gobernaciones, alcaldías, tribunales, cuarteles, bancos, etc., y efectuó amplios cortes que desembarazaron al Estado de tantas nulidades dispuestas al botín y la ganancia sin trabajar; fue inexorable contra los zánganos, cualesquiera que fueren su nombre; su alcurnia y sus condiciones. Toda recomendación de algún político

llegó a ser un caso de expulsión para el patrocinado. La contabilidad francesa estudiada por él en París, fue introducida, y bajo la inspección de un Tribunal de Cuentas, produjo regularidad en las entradas de los impuestos y economías constantes de que no se tenía antes idea. "Un Presidente de la República no debe rebajarse a rendir cuentas" tal era la máxima de Urbina. Bien puede adivinarse que García Moreno no podía aceptar una tradición que no disgustaría a los ladrones; de los doce mil pesos que constituían los honorarios presidenciales, hizo constantemente dos partes: la mitad para el Estado y la otra para los pobres u obras de caridad.

A toda costa quiso cicatrizar esa llaga del militarismo, al que se debían tantas revoluciones, tantos desórdenes y tantas tiranías; su firmeza lo llevó a cabo, pero cuántas luchas tuvo que sostener, qué golpes hubo de dar para hacer penetrar la obediencia en ese

cuerpo de pretorianos acostumbrados, hasta entonces, a permitírsele todo.

Moñquera, el dictador de Colombia, invadió al Ecuador para derribar el Gobierno en provecho de la masonería; el General Flores lanzado contra el invasor, ve una parte de su tropa arrojar las armas y hacer causa común con el enemigo en el momento mismo en que la victoria estaba asegurada. Flores es derrotado, sin embargo se firma una paz honrosa; García Moreno demanda ante la Corte Suprema a los traidores que los absuelve; desalentado, no pudiendo ya responder de la disciplina en tales condiciones, dimite el mando, pero el pueblo de Quito, sitia al Congreso y lo obliga a secundar la acción de García Moreno, quien consiente en volver a asumir el poder, y perdona a los conjurados bajo la promesa de la no reincidencia.

El mismo General Maldonado se había dejado comprometer en el complot de los masones, "Si vuelvo a encontrarle conspirando, le dijo García

Móreno, por más que usted sea General, le hago fusilar en la plaza mayor de Quito". El bueno del militar no tomó la amenaza en serio: algunos meses después, volvía a encontrársele de cabecilla de una nueva conspiración que reveló un oficial carcomido de remordimientos: "Desgraciado, exclamó el Presidente; que Maldonado se oculte bien! Porque voy a hacer lo contrario de lo que se practica ordinariamente; no condenaré a ninguno de los criminales de segunda orden, sino al Jefe, pues es necesario hacer un escarmiento".

Para su desgracia, en efecto, el General fue descubierto; cargado de cadenas, llevado a Quito, y a pesar de todas las solicitudes, ejecutado en la plaza, en medio de los soldados y de la multitud, aterrorizados por esa justicia que en ese día no quiso oír hablar de clemencia. Se trataba, como lo explicaba la tarde misma de ese día, en una proclama que lanzó a la publicidad, de la salvación de todo un pueblo, porque la anarquía y consiguientemente

la ruina, está en el fondo de toda indisciplina. "O clavarán mi cabeza en un patíbulo, o la tropa entrará en vereda" decía el intrépido presidente, y ya lo sabían que era capaz de cumplir su palabra.

Después de depurar la administración y de disciplinar al Ejército, García Moreno se aplicó a reorganizar la instrucción en el sentido católico. Los hombres de la revolución, los presidentes liberales que le precedieron habían laicizado la universidad, los colegios, las escuelas e intentado su obra diabólica hasta en los mismos seminarios; con la decisión de un hombre seguro de su ciencia y de conciencia irreprochable, con la gallarda audacia que gastaba en la lucha, por grande que fuera el riesgo, enristró fogosamente contra ese ateísmo, llamó en su auxilio a las congregaciones católicas francesas, siempre dispuestas a trabajar bajo todos los climas, en la obra de Dios. Colonias de Hermanos de las Escuelas Cristianas, Religiosas de los Sagrados Corazones, Hermanas de la

Caridad para los hospitales y las cárceles, establecieron en los centros importantes sus escuelas y sus internados, mientras los Jesuítas, llamados otra vez, emprendían de nuevo en Quito su interrumpido apostolado. La prensa liberal alzó el grito al cielo contra el Presidente Jesuíta que transformaba el Ecuador en un país civilizado: la dejó gritar, y siguió adelante en su obra.

Al solicitar del Congreso la autorización para concluir un Concordato con la Santa Sede, su fin había sido y no lo disimulaba, romper las trabas impuestas a la Iglesia por un falso liberalismo siempre usurpador y cada vez más tiránico. "Para que la influencia religiosa, decía en un memorial a los Diputados, se ejerza con todas sus ventajas en la vida social, es necesario que la Iglesia marche al lado del poder civil con todas las condiciones de una independencia saludable y no énteramente absorbida y contrariada por él, y el Estado debe limitarse a protegerla de una manera eficaz y conforme a la justicia".

Algunos meses después, el 25 de setiembre de 1862, su Plenipotenciario firmaba con Pío IX el contrato que no era más que la aplicación de esos principios y cuya sustancia es la siguiente: "La Religión Católica, Apostólica y Romana, es la Religión del Estado con exclusión de cualquier otro culto..... La Instrucción en todos sus grados tomará por criterio los principios de la Iglesia Católica y la vigilarán los Obispos.... La Iglesia ejercerá sin cortapisas sus derechos de poseer y administrar sus bienes.... El fuero eclesiástico será restablecido en toda su integridad".

Por este acuerdo tan fundado en la justicia, en el derecho, en la razón, la Iglesia del Ecuador se hallaba desligada de las ataduras, del sudario y de los guardias que la ceñían: podía ya, a ejemplo del divino Maestro, tomar una vida nueva. Pero Satanás no perdonará al cristiano sincero, convertido en libertador de su Madre, y, desde este momento, la masonería aguzó su puñal

contra aquel que ha sabido elevarse por este acto sobre todos los hombres de estado en los tiempos modernos, sin exceptuar el más grande, Napoleón. Porque después de haber entrevistado y reconocido la misión social de la Iglesia por el concordato de 1800, Napoleón, con esa doblez que deshonra su carácter, se apresuró a sujetar mediante sus actos injustos, como a una criminal, a esa misma Iglesia a la que acababa de libertar.

Mientras tanto, el incorregible Urbina preparaba una nueva acometida; sus compatriotas, portándose como auténticos piratas, se apoderaron de un navío mercante; atacaron por sorpresa al único buque de guerra del Ecuador, mataron al Comandante y a la tripulación, y luego con esos dos navíos tomaron, a viva fuerza, un tercero, y proclamaron Presidente a Urbina, quien vino a juntarse a ellos con refuerzos.

García Moreno, enfermo, estaba descansando en el campo cuando vinieron a anunciarle este nuevo levantamiento.

Levántase, redacta varios decretos para el diario oficial del siguiente día, parte para Guayaquil, sorprende a la Municipalidad que estaba deliberando acerca de su caída, proclama el estado de sitio y declara que toma el mando de las fuerzas de tierra y de mar; hay que fijarse que no quedaba ya ningún buque a disposición.

Un vapor inglés, el Talca, hallábase en el puerto; García Moreno lo compra, lo arma incontinenti, como mejor puede; cuando el capitán inglés, cambiando de parecer, exige su buque. "Mi bandera, dice, es la bandera inglesa, y pasarán sobre mi cuerpo antes que nadie la toque".

"Muy bien, replica García Moreno, si usted se empeña en absoluto, he aquí mis soldados, lo hago fusilar y su bandera le servirá de mortaja". En instantes tan graves, todo había que tomarlo en serio, el inglés tuvo el buen sentido de atenerse a su primera palabra.

Pero un buque mercante, a pesar de estar armado de cinco cañones, consti-

tuye una fuerza naval harto insignificante para atacar a cuatro buques, y de ellos uno de guerra; no importa: García Moreno es uno de aquellos audaces a quienes la fortuna favorece.

“Necesito algunos bravos de pelo en pecho, dijo en el cuartel; que los que tienen miedo se pongan a mi izquierda, y a mi derecha quien quisiera seguirme!”

En un abrir y cerrar de ojos todos están a su derecha; escoge doscientos cincuenta, les hace subir al buque, y les dice: “La Patria os pide un nuevo escobazo en este montón de inmundicias; apoyad con firmeza y será el último”.

“Viva García Moreno!”, responden esos valientes; y se adelantan contra el buque de guerra “El Guayas”, “El Bernardino” y una goleta.

“Una sola descarga, dice García Moreno, después el revólver en mano, el puñal entre dientes y al abordaje”.

La descarga certera hace mella en el casco del Guayas; el Talca, más

rápido, hunde su proa en la ancha herida: García Moreno siguió de sus soldados, abalanzase sobre cubierta, derriba o mata cuanto se opone a su paso, hace cuarenta y cinco prisioneros, y ante sus ojos húndese el barco enemigo. Aterrorizados por este éxito asombroso, los otros dos buques arrian la bandera y el Talca se precipita contra el Washington donde estaba Urbina, a cierta distancia. Demasiado arrimado a la costa, el buque había quedado casi en seco por el reflujo: viéndose impotente, la tropa de Urbina huye en lancha o a nado, abandonando la caja y muchos papeles comprometedores. Jamás valor más señalado alcanzó victoria más rápida, más completa, más desproporcionada.

Entre los prisioneros, diecisiete enganchados por la fuerza, según el testimonio de sus mismos compañeros, fueron indultados; los demás ejecutados conseguida. Los papeles encontrados revelaron a los cómplices de Urbina, y entre ellos, a un abogado de Guayaquil, Vio-

la, que se presentó con la frente alta y la sonrisa en los labios ante el Consejo de Guerra.

—Doctor Viola, le preguntó García Moreno, ¿qué castigo merece un conspirador que ha suministrado un buque a Urbina sublevado?

—La muerte, señor Presidente, pero no comprendo....

—Enseguida va usted a comprender, doctor Viola. ¿Reconoce usted esta carta?

—Sí, es mía, pero no sabía que Urbina iba a....

—Y esta otra que indica la manera de tomar a traición el Guayas ¿también la reconoce?

—No puedo negarlo.

—Prepárese usted a morir, doctor, le concedo tres horas.

Los intercesores se sucedieron para alcanzar indulgencia; se mostraba inflexible aún a las súplicas de su madre, a la que amaba tiernamente. “Es imprescindible, le decía García Moreno, curar a nuestra desgraciada tierra de su hálito

de revoluciones". Y como ella insistiera.

"Usted, mamá, le contestó, piensa en los culpables; pero yo pienso en los inocentes y en el conflicto, a éstos hay que salvar".

V

Reelección para seis años.—Actividad admirable.— Su vida íntima.— La piedad.

Esas luchas crueles coincidían con el término de la presidencia de García Moreno. El heroísmo de que acababa de dar pruebas tan sensacionales en ese combate naval, su rectitud, su justicia, los inapreciables servicios prestados en la reorganización administrativa, evidenciaron a todos que García Moreno era el hombre necesario. El, sin embargo, no quería permanecer en el poder, y con ese desinterés que es la señal inimitable de los grandes hombres, se retiró al campo para rehacer su salud y

sus fuerzas en las faenas agrícolas, pero, como sus sucesores iban de fracaso en fracaso con tentativas infructuosas, se vió precisado por la voz del pueblo y las insinuaciones imperiosas del Congreso a volver a asumir el mando.

Penetrado de la necesidad de llamar a Dios en su auxilio para el acertado gobierno de sus pueblos, no consintió en su reelección sino con la condición de hacer plenamente cristiana la constitución: "Respeto y protección a la Iglesia, adhesión inquebrantable a la Santa Sede, educación fundada en la fe y en la moral, libertad para todo y para todos, excepto para el crimen y para los criminales, represión pronta y enérgica, siempre justa, de la demagogia y de la anarquía, difusión de la enseñanza y en todos sus grados, garantía para las personas y para las propiedades, etc., tales son mis principios", decía en un manifiesto que venía a ser como el programa de la civilización católica en todo su esplendor.

Y ese programa púsose a ejecutarlo.

En lugar del dogma de la soberanía popular, que es fatalmente una mentira y un embuste, hizo inscribir el nombre y reconocer los derechos de Dios, autor, conservador y legislador del Universo. Siendo la Religión del Estado únicamente la católica, todo afiliado a las sociedades secretas fue consiguientemente excluído de los cargos públicos. Para no aumentar los desórdenes de las elecciones los Poderes Presidencial y Legislativo fueron de seis años. Estas modificaciones y otras que tenían por objeto robustecer a la autoridad, fueron sancionadas casi por unanimidad por el pueblo ecuatoriano.

Desde entonces, colegios de segunda enseñanza, de primera, Facultad de medicina, Escuela de Bellas Artes, Observatorio, Politécnica, Orfanatorio, Hospitales, Escuela de cadetes, Misión del Napo, todos esos órganos de buena civilización, los multiplicó o los creó con un acierto, con una prontitud que sólo podían explicarse en un país desprovisto hasta entonces de casi todo,

gracias a su ciencia y competencia personales, su discernimiento de los hombres y la impecable probidad que exigió de grandes y pequeños en la administración de los dineros públicos. El Presupuesto fue equilibrado, la deuda nacional pagada, los sueldos aumentados, los trabajos públicos activados con el mayor empuje, y los ingresos del tesoro que no llegaban a siete millones bajo Urbina, pasaron de quince bajo García Moreno. Por el efecto bienhechor de esa legislación cristiana, el Ecuador se elevó en poco tiempo a un estado asombroso de prosperidad. Dios que tanto desea la libertad para su Iglesia concede generosamente el acrecentamiento y todo lo da por añadidura cuando se busca su reino y su justicia.

Los mejores principios se reducen a teoría estéril sin el ejemplo; y por eso, trabajador fue y activo ese Presidente de la República. Se levantaba a las cinco de la mañana y con seguridad se lo había de encontrar en la Iglesia de las seis a las siete de la mañana, oyendo

misa, y con frecuencia acolitándola, y después haciendo su meditación como un monje. De la casa de Dios se encaminaba a la morada del sufrimiento, al hospital o a la cárcel, o a alguna familia pobre, visita rápida que le dejaba más de dos horas para el trabajo del Gabinete. A las diez, almorzaba y se dirigía enseguida al Palacio de Gobierno, donde le esperaban los Ministros. El trabajo solía prolongarse hasta las cuatro, después de lo cual, la inspección de los trabajos públicos o algunas visitas le servían de descanso. Daba por la noche tres horas a la vida de familia y a las nueve poníase de nuevo a trabajar, hasta media noche, muchas veces.

Este era el régimen de los tiempos pacíficos, pero tan pronto como amenazaba alguna tormenta política o descubría en algún punto un gérmen de rebelión, trabajaba o caminaba día y noche; su alma indomable no reconocía imposibilidades; su temperamento de hierro resistía a todas las fatigas; dormía entonces invariablemente sobre una

tabla o en el duro suelo; se alimentaba con un poco de bizcocho, de chocolate o de café, no tomaba vino jamás, y a más de esto, practicaba los ayunos y las abstinencias en todo su rigor.

Y si García Moreno, como hombre, se mostró siempre sin una hora de desfallecimiento, como estadista se presenta superior en todas las virtudes que engendran al verdadero conductor de pueblos, justo, severo o indulgente, atemperado o impulsivo, y todo esto debido a que tenía dentro de sí mismo, en lo íntimo de su alma el gran resorte de una piedad igual a su fe; la vida sobrenatural del cristiano era el regulador y el único motor de su vida pública y privada. Jamás se desprendía del librito de la Imitación de Cristo, y la última página que contenía su reglamento nos da el secreto de la expansión maravillosa de savia cristiana siempre creciente hasta el fin.

La oración, la misa, el rosario, la lectura espiritual cada día, la comunión semanal; el examen particular de sus

faltas, el general de sus actos, pensamientos, tentaciones; las resoluciones acerca de la observancia escrupulosa de las leyes, acerca de la perseverancia de los trabajos útiles al prójimo, sobre la paciencia, sobre la humildad, etc., en una palabra sobre su *santificación* ocupó siempre el primer lugar en sus pensamientos, en sus cuidados y preocupaciones; su santificación fue para él el deber que de nada exime y obliga siempre.

Nada en efecto, ni sus correrías del día o de la noche a través de la montaña, ni las batallas que tuvo que librar para asegurar por fin la paz del país, ni los cansancios extremos, ni la enfermedad le hicieron detenerse en la puntualidad de cumplir su reglamento.

Era un valiente siempre y en todas partes, a los ojos de todos, porque lo fue primero y siempre en el vencimiento de sí mismo.

Fácilmente se columbra el por qué con esos principios y esa conducta con la bandera de la religión tan en alto, y tan altivamente izada, ninguna injuria,

ningún ultraje fue escatimado a ese "esclavo de los jesuítas, a ese Nerón teocrático, a ese enemigo personal del progreso, murciélago cegado por la contemplación del Syllabus, etc., etc."

"La injuria, decía él mismo, es mi salario; si me odiaran por una falta cometida, les agradecería y procurara enmendarme, pero detestan en mí mi fidelidad a Dios, se lo agradezco también y procuraré siempre merecer su odio".

Presentía que algún día ese odio llegaría hasta el asesinato: "La bala de un facineroso me atravesará el pecho, me descorchará, pero mi patria respira por fin libremente; sin rencor bajaré a la tumba". La protesta que hizo dirigir por medio de su embajador a Víctor Manuel contra la invasión de los Estados Pontificios, el voto de un subsidio anual de cincuenta mil pesos en favor del dinero de San Pedro, la Consagración de la República al Sagrado Corazón, pusieron por fin el colmo a las rabias de los radicales.

VI

Reelección de 1875.—Amenazas de la masonería de ambos mundos.—Serenidad de García Moreno.—El asesinato.

La elección de 1875 se anunciaba como un triunfo para el que todos llamaban el *hombre necesario*, a quien el Ecuador era deudor de tantos progresos en la instrucción pública, en la administración de justicia, del erario, de la protección de la moral, de las obras de beneficencia y del culto, en las vías de comunicación, que antes de él estaban apenas esbozadas y que ofrecen tantas dificultades en ese país de cordilleras; pero el elemento liberal no se convenía con su derrota, y aun cuando inferior en número, esperaba desquitarse.

Por lo tanto mientras millares de electores exclamaban en un manifiesto:

“Votemos por el grande hombre que no pertenece a la escuela radical, sino a la Iglesia Católica, por el ilustre ciuda-

darlo de quien tenemos bien conocidos. la inteligencia, la vasta ciencia, la palabra ardiente, el honor sin mácula, el indomable valor, el indiscutible patriotismo. . . . por el hombre íntegro que ve en el poder no una mina de explotar, ni un escabel de gloria vana, sino un cargo en el cual continuará sacrificando su tiempo, su fortuna, su misma vida para la salvación de la patria.” Otros por el contrario, del grupo revolucionario, emprendieron en la prensa de Guayaquil la más virulenta campaña, de la que no se podría decir si fue más injuriosa que injusta, pues las violencias propasaron con mucho la medida de los excesos habituales en semejantes casos de exaltación.

“Comulgar y fusilar, proscribir, azotar, confisoar, he aquí las prendas que agradan al Dios de los jesuítas. Ciego e implacable, como un tirano de la edad media, García Moreno, tiende a sus fines osadamente, sin arredrarse ante ningún obstáculo. Conspirador, se envilece hasta el perjurio y la traición, bollandq

honor, religión, conciencia, patria. Vencedor, se deja arrastrar de sus pasiones, y su venganza no conoce límites..... Bajo sus miradas, la patria desalentada no tiene más que un pensamiento, que un grito, que una voluntad: el hacha del verdugo....”

Hay que convenir que esta amenaza tenía por lo menos el mérito de la claridad. Ni el pueblo tan oprimido como decían, ni la víctima se conmovieron por ello. La casi totalidad de los electores volvieron a nombrar a García Moreno Presidente del Ecuador por seis años, dando así la mejor protesta a la infame diatriba de los detractores.

Pero este nombramiento era más de lo que podía soportar la masonería, dados sus principios y sus prácticas: a la siguiente de las elecciones, condenaba a muerte a aquel a quien no podía perdonar que le hubiere sofrenado. Las logias masónicas de ambos mundos fueron advertidas y la prensa recibió orden de preparar para ello la opinión, por una atroz campaña de calumnias, de inven-

ciones monstruosas. Los periódicos ju-
díos de Alemania se distinguieron entre
todos en este asalto desaforado contra la
honra, la reputación y la vida de ese
incomparable jefe de un gobierno cris-
tiano. García Moreno miraba sereno el
desenvolvimiento de la trama, y escri-
biendo a Pío IX le decía:

Ahora que las logias de los países
vecinos, instigadas por las de Alemania,
vomitan contra mí toda clase de injurias
atrocés, de calumnias horribles, procu-
rando sigilosamente los medios de ase-
sinarne, necesito más que nunca de la
protección divina para vivir y morir en
defensa de nuestra Religión Santa, y de
esta pequeña República que Dios ha
querido que siga yo gobernando. Qué
fortuna para mí, Santísimo Padre, la
de ser aborrecido y calumniado por cau-
sa de nuestro Divino Redentor y qué
felicidad tan inmensa sería para mí, si
vuestra bendición me alcanzara del cielo
al derramar mi sangre por el que, siendo
Dios, quiso derramar la suya en la Cruz
por nosotros".

Cuando una alma ha subido a tanta altura de inmólación por la causa divina, cómo extrañarse de que Dios la juzgue digna del martirio.

Por secretamente que se hubiera urdido el complot tenía ramificaciones en el exterior, y los conjurados propalaban ya tan imprudentemente su victoria que los denuncios más precisos llegaban de todas partes a García Moreno, le exhortaban a que estableciera una estricta vigilancia en derredor suyo, que se rodeara de una guardia, que tomara algunas precauciones fáciles para preservarse. "Mi suerte está en las manos de Dios, contestaba después de haber reflexionado en ello maduramente, he visto que la sola medida que hay que tomar es la de estar pronto a comparecer ante el tribunal de Dios".

Esos avisos multiplicados no lograron determinarlo a cambiar nada en sus hábitos, pero le confirmaron en sus presentimientos de muerte próxima. "No nos volveremos a ver, lo presiento, decía el 4 de agosto de 1875 a su íntimo ami

go Juan Aguirre, que partía para Europa, este es nuestro postrer adiós”.

El viernes 6 de agosto, fiesta de la Transfiguración, se dirigió como de costumbre a la iglesia, comulgó y prolongó su acción de gracias hasta las ocho. Los conjurados, le habían seguido desde lejos y estaban estacionados en la plaza, aguardando su salida, pero el demasiado concurso de fieles impidió perpetrar su crimen. La mañana se deslizó tranquila, el Presidente volvió a su casa y dió la última mano al mensaje; más tarde, hacia la una, salió para el Palacio.

En aquel momento un grupo de hombres salió de un café contiguo a la plaza, y uno después de otro se fueron emboscando en el puesto señalado detrás de las columnas del peristilo. Antes de entrar en el Palacio, el Presidente quiso adorar al Santísimo Sacramento en la Catedral. Se arrodilló sobre las baldosas del templo y así permaneció mucho tiempo absorto en profundo recogimiento. Llenos de terrible angustia al pensar que talvez una vez mas su víctima les

iba a dejar burlados, los conjurados mandaron a uno de ellos al Presidente para avisarle que un negocio urgente reclamaba su presencia en el Palacio.

García Moreno se levanta, sale de la Iglesia y da algunos pasos en dirección al Palacio, cuando un hombre que le debía gratitud, un conjurado por nombre Rayo, saca de debajo de la capa un enorme machete y le asesta un tremendo golpe en la espalda. ¡Vil asesino! exclamó García Moreno, volviéndose; pero con un furor inaudito, golpe tras golpe, Rayo le abre una ancha herida en la cabeza, le parte en dos la mano derecha, mientras los demás conjurados descargan sobre él sus revólveres. La noble víctima tumbalea, cae del peristilo a la plaza, desde la altura de cuatro a cinco metros.

Tendido en el suelo, el cuerpo ensangrentado, la cabeza apoyada sobre el brazo, el moribundo está sin conocimiento, cuando Rayo, más ensañado que un tigre, baja por la escalera del peris-

tilo y se avalanza sobre él para ultimarlo: "Muere, verdugo de la libertad", le grita surtiéndole la cabeza con su cuchilla.

"Dios no muere", murmuró el héroe cristiano, y esta fue su última protesta.

Al ruido de los revólveres, los soldados, del pueblo, los sacerdotes, acudieron en tropel: Rayo, creyendo haber desencadenado una revolución radical, se jactaba del asesinato blandiendo su machete: un soldado le dejó tendido a sus pies; y el pueblo furioso le echó un soga al cuello y arrastró su cadáver. Cheques contra el banco del Perú encontrados en la ropa del villano demostraron a todos que la *venerable y virtuosa masonería*, a ejemplo de los judíos, no deja sin sueldo a los judas que la sirven.

Desde que se tuvo noticia de la execrable tragedia por todas partes se oyó una expresión de dolor que se manifestó de la manera más conmovedora: todos le lloraban como si fuera el padre de

cada uno, y los funerales y las diversas exequias que se celebraron, congregaron todo un pueblo al pie de los altares. Un decreto del congreso cuyos considerandos son un fiel resumen de la vida, de los sentimientos, de las obras de García Moreno, y la expresión más unánime, al par que la más merecida de la gratitud de la Nación, ordeuó que se le erigiera una estatua de mármol con la siguiente inscripción:

“A GARCIA MORENO,

el más noble de los hijos del Ecuador,
muerto por la Religión y por la Patria.
La República agradecida”.

Además, dicho decreto ordenó que se le confiriera el nombre de Regenerador de la Patria y de Mártir de la Civilización Católica.

“No es por cierto una cosa ordinaria la que vemos en este caso, escribía con razón Luis Veuillot, un pueblo reconocido con el jefe que no lo ha expoliado,

que no le ha hecho traición, ni en su cuerpo ni en su alma, sino que, por el contrario, audazmente, se ha empeñado en librarlo de la ignorancia, de los embusteros, de los hombres de rapia; que lo ha conducido a Dios en la luz, en la inocencia y en la paz; y que, por último, ha dado la vida por el bien de él. Hay pues, en el día un lugar pequeño si queréis, pero glorioso, donde por todas partes se proclama alabanza al justo.... La justicia que así alza la voz en el Ecuador es un gran servicio prestado a la humanidad. Héroe y Mártir, García Moreno, pertenece a la raza de aquellos gigantes llamados Constantino, Carlomagno, San Luis, Tomás Moro, O' Connell, nacidos para levantar de la postración la humanidad caída y hacerla ascender, a la sombra de la Cruz, por la vía del progreso..... Cuando un hombre de estado se lanza al combate contra los enemigos de la Iglesia, todos los católicos deben arrojarle flores a su paso; cuando protesta contra los opresores de los Pontífices,

deben gritarle; Hermano, gracias! porque has sido el intérprete de todos. Entre los soberanos del mundo, García Moreno, es el único que ha tomado en sus manos la causa de la Iglesia, Madre nuestra; honor a su memoria....”

Bonne Presse. — París.

FIN

